

En poco tiempo, la ciudad había crecido tanto en superficie y en altura, que resultaba casi imposible identificarla, con aquella antigua visión de pequeñas casas terreras, jardines y huertos con árboles frutales...

En su lugar proliferaban multitud de edificios con esqueletos de acero y fachadas de cristal; colosales espejos en los que reflejar grandes vanidades.

El progreso venía arrasando con todo un estilo de vida mucho más sosegado, menos estresante.

La prisa era ahora el motor que impulsaba el ritmo trepidante de los ciudadanos: semáforos, escaleras mecánicas, veloces ascensores, habían ganado el pulso a la energía puramente animal.

En un mismo espacio convivían dos mundos radicalmente opuestos. Uno, adaptado a los tiempos, vigoroso, productivo, formando parte del engranaje de una frenética sociedad, compuesto por gentes venidas de lejos, capaces de adaptarse a los cambios. El otro, anclado en el pasado, desplazado por no haber sabido amoldarse a aquel mecanizado sistema, que tan ajeno le era. Este grupo, al que el territorio le pertenecía con más derecho que a nadie, pues había dedicado su existencia a trabajarlo, lo formaban ancianos acostumbrados a vivir al aire libre.

El proceso de adaptación, el paso de un mundo a otro, no resultaba fácil y más de uno terminó por perder la razón...

Resultaba curioso observar como en medio de los altos edificios, destacaba una robusta palmera, luchando por emerger entre tanto cemento. Su redonda silueta, se

encajaba en el hueco que dejaban libre dos imponentes paredones. Lo que parecía un patio de luces era en realidad una pequeña parcela, en la que crecía, la orgullosa planta.

Como pequeños islotes en un mar de asfalto, solares como este, trataban de no sucumbir a la ineludible especulación. Dispersos por la ciudad, aun quedaban algunos...tan abandonados, como lo que en ellos había.

Lo que antaño podían haber sido, fértiles huertos de papas o tomates; se mostraban ahora, sembrados de colchones, ruedas y escombros; vil basura que crecía sin agua y sin abono.

Tras sus muros de cerramiento, los molestos desperdicios aumentaban sin herir los ojos de nadie.

Las olvidadas parcelas, pese a estar denigradas por los desechos que entre sus muros se acumulaban, continuaban resistiendo sin querer olvidar su añorado pasado agrícola.

Entre las doce plantas de un suntuoso edificio negro perteneciente al Banco Central y las nueve de otro, llamado Imperio, destinado a oficinas, se mantenía penosamente, el muro-fachada de la casa de Claudina y Miguel.

De lo que en tiempos había sido una próspera finca dedicada al cultivo de frutas y hortalizas, sólo quedaba el pequeño solar que albergaba su vivienda. Llegó un momento, en que resultaba más rentable, la actividad inmobiliaria, que el penoso trabajo de la tierra.

De hortalizas, nada quedaba, de fruta, un triste naranjo enfermo, que de vez en cuando los obsequiaba con lo que podía.

La floreciente hacienda se cuadrículó con el fin de ir la vendiendo a trozos.

El terreno de Claudina y su marido, se había salvado del obligado desglose pues era la compensación a toda una vida dedicada a aquella finca.

Justo era que aquel último trozo, fuese a manos de los sufridos medianeros. Realmente, era poco el pago para tantos desvelos... Durante años, Miguel fue el encargado de contratar peones para sembrar y recoger las cosechas. Dirigía y organizaba las cuadrillas, y sobretodo andaba siempre con el ojo vigilante, no fuera que alguno no trabajase como era debido. Cada cierto tiempo recibía la visita del amo, a quien rendía cuentas y entregaba todo el beneficio obtenido, pues él era también el que se ocupaba de vender los productos.

Claudina en tanto, se ocupaba de saciar el hambre de las famélicas tropas. Entre grandes cacerolas, transcurrió su vida en la hacienda. A medida que ésta, mermaba en superficie, disminuía el número de jornaleros, y por lo tanto menguaban también las perolas.

Al final, se quedaron solos, viviendo arrinconados en aquella parcela, que por ser tan pequeña, nadie quería.

Por efecto de los desmontes colindantes, el solar se fue quedando elevado con respecto al nivel de la calle, de modo que la casa y la palmera, parecían parapetarse sobre un pilón de tierra.

Años atrás, el ayuntamiento, aplicando la normativa, les había obligado a levantar un muro con el que poder tapar aquel desatino urbanístico. A la derecha de la tapia, se hizo necesario construir una no menos absurda escalera por la que se accedía al solar. Los tres primeros peldaños se desparramaban invadiendo la acera, el resto, se sucedía sin apenas volumen, de tal manera que parecía casi un dibujo realizado en la pared.

Realmente, el anciano matrimonio, contaba con no pocas dificultades para acceder o salir de su vivienda.

A nadie parecían importarles. Nadie hacía nada por ellos...

Ni una sola ventana de los edificios contiguos, daba hacia su solar, por lo tanto, ningún vecino, sabía lo que se ocultaba tras aquella inusual fachada.

Al igual que los abandonados solares, ambos eran vestigios del pasado. Náufragos de ciudad...victimas del desarraigo.

La gente de los alrededores, tenía demasiada prisa como para ocuparse de una pareja de ancianos, que de vez en cuando, subía y bajaba por la delirante escalera.

Sólo la enorme palmera que albergaba el terreno, conseguía hacerse notar entre tanto cemento.

El matrimonio buscaba compañía en aquellas personas que la sociedad rechazaba. Mendigos y perturbados eran invitados a su casa, con el fin de espantar su soledad. En cierto modo, se sentían como ellos. A todos, la comunidad, los tenía olvidados. Igual que aquellos solares... sólo albergaban miseria.

En los parques, en las esquinas, entablaban conversación ofreciéndoles unas galletas que Claudina hacía con ilusión. A ambos, les conmovía contemplar las caras con las que recibían el modesto obsequio. Tras entregarles el primoroso paquete, los ojos de todos se iluminaban de repente. No era frecuente que alguien les diera algo sin habérselo pedido. ¿Son para mí ¿ preguntaban incrédulos.

La respuesta que le daban, siempre fue la misma: por supuesto, para usted y para la gente, las hago yo para la gente...la gente que está sola como nosotros...

Si con el obsequio de sus pastas lograba llegar al corazón de aquellas pobres personas, el siguiente paso era el llevarlos a su humilde casa. Tanto ella como Miguel, se sentían en la obligación de darles cariño, de ayudarlos liberándolos de sus penas.

Claudina, generosa, ofrecía sus galletas, delicadamente envueltas en papel azul, a quienes como ellos, pasaban desapercibidos para los demás. A los que desde una

esquina, veían pasar al ocupado resto... a los que el ocupado resto, fingía no ver en las esquinas. Quería, con su regalo, tener un sincero gesto de amistad para con ellos.

Tomen unas galletas, les decían... las hacemos nosotros para la gente...

Pasó un tiempo en el que, como de costumbre, nadie vio, ni entrar ni salir, al matrimonio, del parapetado solar. Transcurrieron meses, en los que ningún mendigo fue obsequiado con las pastas de la anciana.

El interés de alguna persona, por la soberbia palmera, hizo que de pronto, un día, el brazo mecánico de una excavadora, comenzara a descarnar la tapia de la parcela. Al instante, los escalones se desmigajaron perdiendo su dibujo, tras ellos, apareció metro y medio de buena tierra de cultivo sobre la que se levantaba una casa semiderruida.

El operario, accionaba la pala, tratando de avanzar hacia lo que realmente importaba. Con pericia, infringía grandes bocados al húmedo suelo. Para acceder a la palmera debía derribar primero la ya descoyuntada vivienda. Una sola embestida bastó para partirla en dos. Parte de la techumbre se desplomó por el impacto. Al descubierto quedó un costillar de vigas carcomidas... De repente, una de ellas cayó sobre lo que parecía ser un cuerpo...

El operario, alarmado, detuvo la feroz máquina...

----- O -----

La sociedad levanta tapias alrededor de lo que no le gusta; tras ellas, crece la basura y ocurren cosas, reflejos que son, de su propia miseria.

La policía, certificó que se trataban de los restos de Claudina. La mitad de Miguel estaba en el interior de un frigorífico...

6

Por todas partes, aparecían huesos humanos a medio enterrar. En la mesa de la cocina, encontraron esparcidos pequeños trozos de papel azul...envoltorios caseros para galletas.

“Tenga galletas de regalo...las hago para la gente...PORQUE CON GENTE LAS HAGO”...

SEUDÓNIMO.....TEIDE